

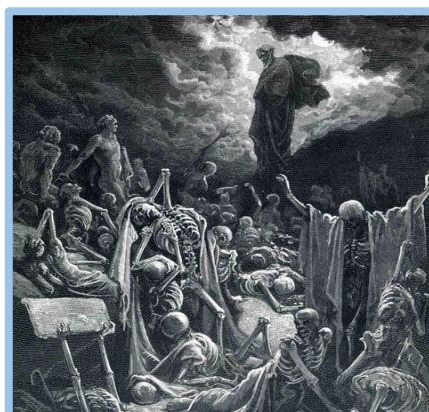
REFLEXIONES PARA EL QUINTO DOMINGO DE CUARESMA ~ 26 de marzo de 2023

El Monte ~ La Residencia de Littledale

Las lecturas de hoy en la Liturgia de la Palabra son bien conocidas por todos nosotros, tan conocidas que a veces las damos por sentadas. Las lecturas de Ezequiel (los huesos secos -recordemos la canción popular "Dem Dry Bones"), el Salmo 130 (musicado por muchos músicos famosos, a menudo con su título en latín, "De Profundis") y el Evangelio de Juan (la resurrección de Lázaro de entre los muertos) son conocidas incluso en la cultura popular.

Reflexionemos sobre tres dimensiones de las lecturas que pueden tener un significado nuevo o reforzado en los tiempos que vivimos: (i) el sentido del espíritu y del cuerpo, (ii) la relación entre la persona y la comunidad, y (iii) la relación entre la persona/comunidad y Dios.

El sentido del espíritu y del cuerpo – durante muchos siglos, los cristianos han interpretado el cuerpo y el alma o el cuerpo y el espíritu a través de la lente del dualismo. En los tiempos del pueblo de Israel y del pueblo de Judea, ese dualismo no formaba parte de su perspectiva o visión del mundo. La palabra hebrea *nephesh* (נֶפֶשׁ) significa un "ser vivo" sin distinción de cuerpo y alma. Cuando la persona muere, muere toda la persona. Dios habla a través del profeta Ezequiel diciendo: "Pondré mi espíritu dentro de ti, y vivirás, y te pondré en tu tierra" (Ez 37:14). Las personas han muerto y están en sus tumbas. Ahora el espíritu de Dios vuelve a ellas, y vuelven a vivir en la Tierra, "tu propio suelo".



La visión del Valle de los Huesos Secos, Gustave Dore

El Salmo 130 tiene el mismo entendimiento - no hay distinción entre cuerpo y alma, "Espero al Señor, mi alma espera, y en la palabra del Señor espero" (Sal 130,5). Entendiéndolo así, cobran sentido las palabras de Pablo en la lectura de Romanos: "Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu, porque el Espíritu de Dios habita en vosotros" (Rom 8,9). Las últimas palabras del Credo Niceno del siglo IV ("Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo venidero") y el Credo de los Apóstoles del siglo V ("Creo... en la resurrección de la carne") se hacen eco de esta misma idea. El pastor Steve Garnaas-Holmes, en su poema-oración, habla tan bellamente de esta integridad del ser:

La carne no es mala, por supuesto:
es como canta el Espíritu.

Sólo es mala cuando olvidamos el canto,
cuando pensamos que la carne es todo lo que somos:
un pequeño saco de egoísmo
(cuyo egoísmo puede volverse temerario).

En realidad, todos somos un cuerpo espléndido,
visible en muchos cuerpos,
vivos en un solo Espíritu,
todos nosotros dedos de una mano,
completos los unos en los otros.

Somos a la vez el cuerpo y su pertenencia.

Tú eres la sílaba necesaria
de la canción infinita,
la flauta y la música.
Polvo y viento, aliento y hueso.



Los huesos secos, Create with Joy

Sucede en el canto.
Sola, tu única nota es mero ruido,
tu cuerpo es sólo carne.
Pero en la armonía de todo el gran coro
la nota de amor que ofreces con tu cuerpo
es hermosa y se convierte en algo más que tú.
Amas a tu prójimo como a tu propia carne
y te conviertes en algo más que carne.

La novedad de nuestro tiempo es el reconocimiento de que la comunión sagrada de toda la creación incluye a todos los seres, no sólo a los humanos, sino también a los no humanos. Creemos que la primera encarnación de Dios no es en forma humana, sino en la forma del cosmos, de todo el universo. El líder musulmán del siglo XII, Ibn al- Arabī, nos recordaba: "Dios ha mistificado el universo en el ser". Cada Adviento, en nuestra oración de la Corona Cósmica de Adviento, repetimos las palabras de Richard Rohr: "La primera 'idea' de Dios fue manifestarse: derramar el amor divino e infinito en formas visibles finitas". El "Primer Estallido" (Big Bang) es ahora nuestro nombre científico para esa primera idea; y "Cristo" es nuestro nombre teológico. Ambos se refieren al AMOR y a la BELLEZA que estallan en todas direcciones". El Espíritu de Dios se cernió sobre las aguas del caos y, con la palabra de Dios, la creación se despliega. Cuerpo, espíritu y mente son uno: uno en la persona humana, uno en el cosmos, uno en la sagrada comunión de toda la creación.

La relación entre la persona y la comunidad – en épocas anteriores, la comunidad era la entidad más importante de cualquier sociedad. Dios castiga al pueblo por volverse a otros dioses a pesar de la alianza que Dios ha hecho con el pueblo. En nuestro relato de Ezequiel, los huesos secos del pueblo cobran nueva vida: "Y sabréis que yo soy el Señor cuando abra vuestros sepulcros y os haga subir de vuestras tumbas, pueblo mío" (Ez 37,13). Ezequiel y



Jeremías son los primeros profetas que empiezan a hablar de la responsabilidad del individuo por sus propios actos. Desde entonces, hemos pasado gradualmente a estar más centrados en la persona en todos los aspectos de nuestra sociedad, pero, cuando hemos llevado esto al extremo, el individualismo tiene prioridad sobre el bien común. Las comunidades indígenas han conservado la importancia de lo colectivo, de la comunidad, en todo, desde la crianza de los hijos hasta la toma de decisiones sobre el trabajo y el medio ambiente.

En nuestra época, hemos empezado a encontrar de nuevo el equilibrio: hablamos de justicia, pero también de justicia social, de ética y de ética social o comunitaria, de contemplación personal y comunitaria. Nuestra conciencia incluye a la persona y a la comunidad y ahora la interconexión de toda la Tierra: lo personal, lo comunitario y lo global. En los años 60, el filósofo canadiense Marshall McLuhan nos introdujo el término "la aldea global". Vemos esta interconexión reflejada en las palabras que nos dio el teólogo de la liberación, Leonardo Boff, y que repitió el Papa Francisco en su Laudato Si', "El grito de la Tierra y el grito de los pobres son uno." En 2020, ciertamente vimos el entrelazamiento de lo personal, lo comunitario y lo global bajo una nueva luz con la pandemia del COVID.

El icono junto a la entrada de la iglesia de San Lázaro, Larnaca, Chipre



Nuestras lecturas de hoy mantienen ese equilibrio. En el relato de Ezequiel, Dios "abre las tumbas" y devuelve al "pueblo" a la vida y a su propia tierra. El Salmo 130 comienza con el salmista proclamando un lamento en primera persona: "Desde las profundidades clamo a ti, Señor", y termina con la acción de gracias y la confianza de Israel: "¡Espera en el Señor, Israel! Porque en el Señor está la misericordia, y en el Señor está el gran poder de la redención. El Señor redimirá a Israel de todas sus iniquidades" (Sal 130,7-8). La narración de Juan 11 se centra en el hombre Lázaro, en su familia y en su comunidad. Jesús no sólo resucita a Lázaro, sino que, a través de Marta, dice a toda la comunidad: "Yo soy la resurrección y la vida. Los que creen en mí, aunque mueran, vivirán" (Jn 11,25).

Cuando el Papa Francisco incluyó a Marta, María y Lázaro como santos en el Calendario Romano General, lo hizo por "el importante testimonio evangélico que ofrecieron al acoger al Señor Jesús en su casa, al escucharle con atención, al creer que Él es la resurrección y la vida." En 2021, fijó el 29 de julio como fiesta de estos tres hermanos.

La relación entre la persona/comunidad y Dios - hay muchas y diversas imágenes de Dios en el Antiguo y Nuevo Testamento y, sin duda, en nuestras propias relaciones con Dios en diferentes momentos de nuestras vidas. Lo asombroso de las lecturas de hoy es la imagen de intimidad en la relación entre Dios y la persona y entre Dios y la comunidad. Dios habla a través de Ezequiel: "Abriré vuestras tumbas. Os devolveré a la tierra de Israel. . . pondré mi espíritu dentro de vosotros. . sabréis que yo, el Señor, he hablado y actuaré". Se trata de una conexión personal, íntima, entre Dios y el pueblo que Dios ha elegido. El salmista clama: "¡Señor, escucha mi voz! ¡Que tus oídos estén atentos a la voz de mis súplicas! Si tú, Señor, marcaras las iniquidades, Señor, ¿quién podría resistir?". (Sal 130,3-4). Es una súplica directa de quien confía plenamente en que Dios escuchará y responderá. Pablo también puede decir con confianza: "Estáis en el Espíritu, puesto que el Espíritu de Dios habita en vosotros. . . El que no tiene el Espíritu de Cristo no es de él. Pero si Cristo está en vosotros" (Rom 8,9-10). No sólo Dios escuchará nuestros gritos, sino que Dios habita en nosotros, el Espíritu de Dios habita en nosotros, Cristo habita en nosotros - palabras repetidas en este breve pasaje de la carta a los Romanos.

En el relato de Juan, basta leer un breve versículo para sentir en lo más profundo de nuestro corazón la intimidad de nuestra relación: "Jesús se echó a llorar" (Jn 11,35). Marta y María lo saben cuando mandan llamar a Jesús, "las hermanas enviaron un mensaje a Jesús: 'Señor, aquel a quien amas está enfermo'" (Jn 11,3). El



Jesús resucita a Lázaro, Jesús MAFA

narrador nos dice en el versículo 5: "Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro". Marta confía en Jesús lo suficiente como para reprenderle: "Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto" (Jn 11, 21) y luego para entablar con él una profunda conversación teológica, que le lleva a tomar conciencia de su propia vocación: "Yo soy la resurrección y la vida" (Jn 11, 25).

María también confía lo suficiente en su relación como para reprocharle lo mismo que su hermana: "Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto" (Jn 11, 32). Y el narrador señala que, cuando Jesús vio llorar a María, "se turbó mucho en espíritu y se conmovió profundamente" (Jn 11, 33). Y la estrecha relación de Jesús con su Padre también es descrita íntimamente por el propio Jesús: "Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Sabía que siempre me escuchas" (Jn 11,41-42). Esta narración, la más larga de los Evangelios fuera del relato de la pasión, es emotiva, íntima y relacional: entre amigos, en familia, entre vecinos, entre el pueblo y Dios.

Una vez más, las palabras de Steve Garnaas-Holmes recogen la belleza de estas relaciones incrustadas en nuestra historia:

Por Lázaro, por María y Marta,
por Jerusalén, por nosotros - Jesús llora,
y nos invita a la disciplina espiritual del llanto:
ceder el control, ser, al fin y al cabo,
un cuerpo, bebé-débil,
sujeto al aguijón del amor,
los dolores de nuestra conexión.
El desgarrar en el tejido de la Unidad
se hace real en el desgarrar de tus ojos,
la grieta en la pared, la apertura de tu carne.
Te entregas a una corriente,
como un río arrastrado hacia el océano,
en lo más profundo de ti,
que fluye hacia el exterior,
una salida sagrada.
Las lágrimas aparecen
cuando has ido más allá de ti mismo,
encarnando un vínculo divino,
cortado pero que aún se mantiene.
Llora, porque aunque no hayas sufrido
has amado a un mundo que sufre.
Rompe el sello. Siente la vitalidad de un buen llanto.
Porque si puedes llorar, puedes esperar.
Si puedes llorar, has amado y volverás a amar.
Fluyes con Dios, que llora por nosotros en el dolor,
y llora de alegría.



La resurrección de Lázaro
Henry Ossawa Tanner

Las últimas palabras de este poema se refieren a las cuatro lecturas de hoy: "Porque si puedes llorar, puedes esperar. Si puedes llorar, has amado y volverás a amar. Fluyes con Dios, que llora por nosotros en el dolor, y llora de alegría". Que esta Cuaresma sea para nosotros un tiempo para llorar y un tiempo para amar, un tiempo para lamentarnos y un tiempo para alegrarnos.